

Un renglón que sea honesto

En 1977 Berlín me reservaba una maravillosa experiencia. Mi marido, el escritor colombiano Óscar Collazos, había conocido a un actor norteamericano de teatro llamado Rick Cluchey, recluso en San Quentin, que terminó liberándose de la pena de cadena perpetua gracias al escritor Samuel Beckett, informado este, durante años, de que Rick representaba sus obras teatrales en la prisión. En el apartamento en el que Rick ahora vivía con su mujer, Teresita, y su hijo pequeño, había otra persona más. Se trataba de Samuel Beckett. Acababa de llegar para dirigir la obra *Última cinta de Krapp*, con Rick como único actor. Sam se alojaba en un estudio de la Akademie der Künste, aunque pasaba parte del día con la pareja de americanos, al igual que nosotros, también con cita diaria en la casa de los Cluchey. Rick solía contarnos historias de su vida de actor y director tan apegada a Sam. Por fin, en una de nuestras visitas, surgió Beckett de la nada, con sus hombros encogidos, su figura alta y delgada, sin gafas, el cabello entrecano y disparado hacia arriba, y con su rostro enjuto de director de orquesta. Atractivo. Elegante de maneras. Tímido y agradable, saludó al pequeño grupo de cuatro personas.

Cerca de mi barriga de embarazada discreta, Beckett fumaba un cigarrillo que sostenía con la mano izquierda. Recuerdo que se pasó el cigarrillo a la mano derecha. No puedo asegurar si fui la primera en hablar con él, tal vez sí; debí de decir algo que no fue ni de lejos lo que pensaba. Pensaba en un relato suyo titulado *Primer amor*, que había leído el día antes, y en aquella frase que decía: “No entendía a las mujeres de esa época. Sigo sin entenderlas, a decir verdad. Tampoco a los hombres. Tampoco a los animales. Lo que sí entiendo,

lo cual no quiere decir mucho, son mis dolores. Pienso en ellos todos los días”. Pero esa tarde con Beckett me dio una agradable sorpresa. Conversó conmigo de asuntos tan banales que no consigo recordar más que una sola cosa: que le solté, o seguramente le dijeron, que yo también era escritora. “Escritora sin libro publicado”, le dije. Y añadí: “¿Cómo se entiende?”. Eso le gustó. Sonrió. Era simpático. Bebía vino. No demasiado hablador. Tampoco yo lo era entonces. Le seguí la broma. Reímos un rato. Me miraba a los ojos. Algo en lo que me fijo siempre. Le caí bien. Es cierto que él podía parecer distante con cierto tipo de personas. En una ocasión confesó a alguien cercano que él era “todo sentimiento”. Precisamente, esa era la razón de su aparente seriedad de carácter, en ocasiones antipático. Pero esa antipatía no era otra cosa (lo sé de buena tinta) que una máscara o defensa para no romper en gritos o lágrimas.

El resto de la conversación se me escapa ahora y mentiría si dijera que le hablé de su obra ni de nada parecido. Tal vez había una atmósfera de entendimiento común del dolor, puede que eso nos permitiera conectar. Además, Irlanda y Cataluña son parecidas, por católicas y nacionalistas. En ambos países la religión adornece familias, matrimonios, sexo... Al mismo tiempo que comparten también la afición por manicomios, cementerios, suicidios, locos, padres y madres...

Finalmente, conseguí comprender que esa cinta transparente que nos unía a Beckett y a mí era consecuencia de que en Sam se produjera “la coexistencia en muy alto grado de nobleza y modestia, de lucidez y bondad”, según apuntó su primer editor, Jérôme Lindon. En esos días de Berlín también pude descubrir su sentido del humor. Parecía extraño que, durante los ensayos, mientras pedíamos un refresco en el bar del Forum Theater, hubiera ocasión para las risas, a menudo y por cualquier motivo. Hablar de literatura no era para nada una de sus preferencias. Beckett mismo era literatura pura. ¿Que por qué ahora dedicaba tanto tiempo a escribir teatro y dirigirlo, con el enorme trabajo que ello significaba, y no volvía a la novela? Su respuesta casi se ha convertido en un clásico: “Porque la novela ha muerto”. Aseguraba que sus libros narrativos no eran estrictamente novelas. A otro colega del teatro que le insistía sobre si había vuelto a escribir, le respondió: “No, no, es muy doloroso, muy difícil”. Ante la expresión interrogativa de su interlocutor, prosiguió: “Se vuelve cada vez más difícil escribir un renglón que sea honesto”. **¶**



NURIA
AMAT

Escritora

Nuria Amat acaba de publicar Memorias de una mujer libre (La Esfera de los Libros).